

FICCIONES

LA ISLA DE BERNARDO SICARDI

por

Juan José Delaney

Súbitamente se despertó. Al sentarse en la cama sintió que su corazón retumbaba, que la respiración se aceleraba y que estaba bañado en transpiración. En el sueño alguien lo perseguía. Al principio ignoró quién, aunque luego reconoció que muy probablemente nadie, que corría solo por comarcas desconocidas.

De ninguna manera volvería a acostarse para regresar a aquel tenebroso escenario.

En el baño se enjuagó la cara y al enfrentarse con el espejo comprendió acabadamente que estaba solo. ¡Tantos años lo había estado! ¿Por qué, entonces, esa toma de conciencia tras un sueño de perseguido sin perseguidor aparente, y delante de un espejo?

Pensó que lo mejor sería retomar la novela que había abandonado antes de meterse en cama, por lo que se desplazó hacia el *living* donde, tras encender la lámpara, se tiró en el sillón. Distráidamente miró la biblioteca, los constantes cuadros, los muebles; aparentemente nada le faltaba. Se disponía a distraerse con la lectura del pesado volumen cuando vio sobre la alfombra el semanario que había arrojado un par de noches atrás. Lo hojeó y se detuvo en la sección "Correo de lectores". Allí se entretuvo leyendo cartas más bien torpes que, sin embargo, llamaron su atención: "Jóvenes filatelistas buscan intercambiar estampillas...", "Estudiante canadiense de 19 años con buen dominio del español desea relacionarse con jóvenes de su

edad. Escribir a...", "Caballero mayor, viudo y respetuoso, busca reencontrarse en el amor con dama de intereses afines. Estricta reserva...". Sonrió. Poco a poco fue entendiendo, sin embargo, que no había de qué reírse; también comprendió que tal vez sin proponérselo había encontrado la llave de lo que llaman Felicidad.

Empujado por una fuerza hasta entonces desconocida por él, recurrió a la guía telefónica donde eligió, al azar, cinco nombres femeninos que transcribió junto con las respectivas direcciones postales. En seguida se dedicó a maquinarse un texto.

Escribió palabras como "distancia", "amor", "tiempo", "comunicación"... No se olvidó de mencionar, de paso, sus bienes, como también su condición de hombre franco. En función de los nombres y direcciones apuntados, repitió cinco veces el mismo escrito. Porque el cansancio lo venció, completó el último a la mañana siguiente, y dispuso, después, los sobres correspondientes. Se empeñó en ser muy claro con los datos del remitente: Bernardo Sicardi, Paraguay 511, Buenos Aires. Al terminar se jactó ante sí mismo de la fina calidad del papel y de la perfecta caligrafía azul.

Mientras volvía del correo reflexionó acerca de la importancia de un encuentro, aunque también sobre el riesgo que implicaría sumar otra existencia a su ya intrincada vida. Pero feliz de sí mismo, de su ocurrencia epistolar y porque, además, daba por seguro que le responderían, cambió de actitud para preguntarse quién sería la afortunada hija de Eva. Al final resolvió no pensar ni imaginar nada más: tenía que tranquilizarse. Los acontecimientos hablarían por sí mismos.

Para bien o para mal, fueron transcurriendo tres, cinco, ocho y hasta casi quince días y Sicardi no conoció la emoción que puede desatar una respuesta. Optó por volver a su melan-

colía habitual. En ese estado se encontraba cierta postergada mañana en que vio, por detrás del ondulado vidrio verde de la puerta, la figura del cartero deslizando un sobre. Corrió hasta la entrada. Grande fue su ansiedad al tomar la carta aunque más lo fue en el momento preciso en que reconoció la fina calidad del papel, la perfecta caligrafía azul.

Juan José Delaney es profesor de Letras, egresado de la USAL donde actualmente es titular del Seminario de Literatura Argentina II. Colaborador en distintos medios, ha publicado: *Papeles del desierto*, *Tréboles del sur* (cuentos), *Moirá Sullivan* (novela) y *Marco Denevi y la sacra ceremonia de la escritura* (ensayo biobibliográfico).